

# :: Del miedo a la filosofía

Cristian David Oviedo Ordóñez  
Colegio Bilingüe José Allamano

Recibido: 9 de noviembre de 2021

Las sociedades de hogaño, como las de otro-  
ra, viven en apacible alianza con el miedo.  
Al considerar este duradero vínculo, aflora  
el interés por reconocer a tan antiguo com-  
pañero y referenciarlo en nuestro entorno.  
El ser humano, que define la existencia de la  
sociedad, experimenta ahora, con profunda  
fuerza, un sandio temor por una antigua  
materia: la filosofía. Para demostrar lo ante-  
rior, empezaré por presentar algunas consi-  
deraciones a propósito del pensamiento, en  
cuanto que acto, y la filosofía como materia  
del pensar crítico y coherente. En un segun-  
do momento discurriré sobre las condicio-  
nes con que pensamos en el sentido crítico  
en nuestros tiempos y el lugar en que hemos  
puesto esa actividad. Por último, señalaré  
cómo el pensamiento y su sentido crítico se  
relacionan con el miedo a la filosofía.

Hacer filosofía implica, irremisible-  
mente, pensar, que es atender a lo preocu-  
pante (Heidegger, 1997, p. 12), apoyándose

en sus actividades auxiliares no meramen-  
te mecánicas (Wittgenstein, 1967, aforismo  
107), que son las que permiten comunicar el  
pensamiento fuera del sujeto, como el len-  
guaje o las acciones que delatan el traba-  
jo del pensar. La filosofía implica, pues, un  
tipo especial de pensar, porque frente a gran-  
des cuestionamientos como los límites del  
conocimiento y la esencia del ser, aparece la  
curiosidad y el intento de responder. Aquel  
es un pensar distinto del usado en la vida co-  
mún; está relacionado más con dudar y, por  
tanto, con preguntar, que con responder.  
Ese intento se apoya siempre en el pensa-  
miento; involucra formar, reunir y examinar  
ideas; es crítico: surge del juicio extraído de  
lo contemplado, estudiado con actitud es-  
céptica, pero abierta. Es decir, preguntarnos  
(hacer filosofía, como veremos más adelan-  
te) supone la existencia y la necesidad de  
pensamiento. Si la filosofía no fuera pensar,  
entonces los filósofos no serían reconocidos

## ¿Cómo citar en APA?

Oviedo, C., (2021). Del miedo a la filosofía. *Expresiones, Revista Estudiantil de Investigación*, 8(15), 6-9.

por sus pensamientos. Sin embargo, ellos sí lo son, de manera que la filosofía es, en efecto, pensar —al menos en su sentido crítico y coherente, que se deja ver en la necesidad de argumentos con premisas fiables para defender las propias ideas—.

Para conocer aún mejor lo intrínseco del pensar en la filosofía, podemos remontarnos a sus orígenes, marcados con el paso del mito al *logos* en Grecia, con la sospecha y superación de las explicaciones arbitrarias para la realidad. Cuando hablamos de algunos de los primeros hombres reconocidos como filósofos —verbigracia, Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes— lo hacemos “no por las respuestas concretas que dieron, sino por las preguntas que se formularon y por la forma en que buscaban responderlas” (Vallmajó, 2009, p. 16). En suma, lo que les dio la posición de filósofos a los primeros reconocidos como tal fue el interés por conocer racionalmente, anteponiendo al pensar sobre el aceptar, sobre el creer, sin más, lo que les contaban. Quedémonos, entonces, con esta frase: la filosofía es pensar críticamente lo preocupante, de la misma manera en que lo hicieron los presocráticos, atendiendo la preocupación de lo que aun desde entonces daba que pensar, analíticamente y con vocación más “científica” que religiosa. Lo anterior porque requiere la superación de las pasiones corrientes, buscando, en su lugar, desarrollar unitaria y coherentemente las concepciones (Gramsci, 1970, p. 9).

En ese orden de ideas, las sociedades actuales le tienen miedo a pensar críticamente

lo preocupante. Heidegger (1997) aclara la definición de “preocupante”: “A lo que siempre da que pensar, porque dio que pensar antes, a lo que antes que nada da que pensar y por ello va a seguir siempre dando que pensar lo llamaremos lo preocupante” (p. 12). Lo que genera curiosidad es lo que impulsa a pensar. Aquí cabe clarificar el tipo de pensar en cuestión, pues los modos más simples y cotidianamente requeridos para desarrollar la vida en comunidad son ordinarios, y como necesarios para las relaciones económicas, enseñados, con gusto utilizados y, por lo tanto, no temidos. Es claro que en algo se diferencia el proceso de realizar una operación de adición de un número cualquiera con cero y el preguntarse en sentido profundo “¿qué es existir?”. El primer caso ocurre con toda frecuencia en oficinas, universidades y tiendas; el segundo, en cambio, ha sido relegado a grupos pequeños y mucho menos comunes.

Hay una forma del pensar que se ha concebido como más útil. Al dueño de una tienda lo ayuda más para el balance mensual que el joven cajero que recién ha contratado sea capaz de pensar en los precios de los productos y realizar operaciones con toda precisión; es más útil que el trabajador entregue sus horas por unos centavos, a que pregunte si acaso su vida tiene algún sentido ulterior al que él mismo le asignó. El mundo presente ha preferido solo algunos de los sinónimos de pensar, porque “‘pensar’ adquiere un significado distinto en cada caso, esto es, en función de aquello en relación con lo cual se aplica” (Instituto de Investigaciones

Filosóficas, s. f., p. 4). Como todo lo vivo, la sociedad busca mantener aquello que considera que le da su vida (su vida actual, pues no se puede desear mantener algo que no se tiene), y como esta resulta suficientemente cómoda a quienes más fácilmente pueden cambiarla, queda dado que para conservar lo actual hay que continuar con todo lo actual tal y como es, considerando que para que una cosa sea ella misma, debe tener cada una de sus características y no se debe agregar ni quitar alguna, para que se mantenga idéntica a lo que es, en un mismo punto temporal.

No obstante, al poner en consideración la evolución del ser y al tratar el caso específico de las sociedades humanas, sabemos que están en constante cambio. Para comprobarlo le bastará con revisar si mañana el número de individuos que viven en el planeta es el mismo que hoy; cualquier variación le mostrará el cambio de la sociedad aun siendo —relativamente— ella misma. La sociedad puede cambiar por iniciativa propia de sus partes, es decir, que quienes definen su existencia (la de la sociedad) decidan conscientemente cambiarla, esto es, pensando. Así como en algún momento se decidió en las primeras comunidades humanas que era mejor comer otros animales que a los congéneres, ya que esto al final resultaba más cómodo y tranquilo para todos, ahora se prefiere, en líneas generales, el pensar común y ordinario que el crítico y extraordinario para guiar la forma en que se desarrolla en el tiempo la sociedad. Este último es el pensar filosófico, y, a pesar de que sea en

algo exterior inspirado —como usualmente lo será—, no produce pensamientos que puedan ser luego imitados plenamente, en contraposición con el pensar común, que es susceptible de automatización y de ser realizado por una máquina.

Consideremos lo siguiente: ¿cómo la predilección por el pensar común y el distanciamiento del pensar filosófico denotan el miedo de las sociedades contemporáneas por pensar críticamente lo preocupante? Hemos dicho que la sociedad busca conservarse como es y que está en ella misma escoger su sendero. Entre dos caminos se toma aquel que ayude a conservarse y después de realizar muchas veces la misma elección frente a cada nueva bifurcación, se empieza a tener una idea: hay que fijarse bien antes de elegir la senda porque se podría tomar la incorrecta, la que no es habitual. ¿Qué es eso sino un miedo en surgimiento por tomar el otro camino? Así ha sucedido con las sociedades contemporáneas, que, por demás, han puesto óbices para evitar el temible desmán de hallarse caminando por una vía diferente a la elegida: se ha premiado con bienes a quienes sobresalen en el pensar ordinario y se ha castigado, a menudo, con la ausencia de dichos bienes a quienes se decantan por el pensar filosófico. Así mismo, se ha educado —y se continúa educando— en la bondad del pensar ordinario y en la innecesariedad del pensar filosófico, en las telenovelas, en la radio y casi en cualquier medio de comunicación; esto se hace de un modo muy simple: mostrando el mundo tal y como es y defendiendo ese estado,

apartando los sueños y las consideraciones. Un fantasma recorre el mundo: el fantasma del pensar filosófico. Es un temor omnipresente, puesto que en la filosofía confluyen los pensamientos no ordinarios que pueden poner en riesgo la manera en que la sociedad es actualmente, y afectar lo actual sería, en este mundo, afectar la vida misma de la sociedad.

En síntesis, la filosofía es pensar críticamente lo preocupante, como lo señalan algunos autores y la historia, y las sociedades actuales tienen miedo de pensar críticamente lo preocupante, como lo demuestran las tendencias del mundo y sus actitudes frente a los tipos de pensar, entonces, las sociedades actuales tienen miedo de la filosofía. En ese miedo se concentra el temor a todo por lo que experimentamos esa emoción, pues en la filosofía se representan las

ideas que ponen en riesgo el ser actual de la sociedad. ¿Es descabellado pasar del miedo a la filosofía?

## Referencias

- Gramsci, A. (1970). *Introducción a la filosofía de la praxis*. Ediciones Península.
- Heidegger, M. (1997). ¿Qué quiere decir pensar? *Revista Colombiana de Psicología*, (5-6), 11-17.
- Instituto de Investigaciones Filosóficas. (s. f.). *El pensar: algunas confusiones filosóficas tradicionales*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vallmajó, L. (2009). *Historia de la Filosofía*. Edebé.
- Wittgenstein, L. (1967). *Zettel*. Basil Blackwell.